

Las Bienaventuranzas: Nada Tiene Éxito como el Fracaso

Quizás no exista mejor declaración del mensaje de las Bienaventuranzas (Mat.5: 2-12) que el dicho poco raro de G. K. Chesterton “Nada tiene éxito como el fracaso”. Por supuesto, Jesús no estaba hablando del verdadero fracaso aun como Chesterton no lo estaba describiendo, sino de lo que los hombres han generalmente considerado como fracaso. La cruz fue ciertamente un fracaso colosal visto desde toda norma convencional. Pero la cruz nos parece “correcta” ahora para muchos de nosotros porque hemos estado de acuerdo con la bien establecida tradición en mil novecientos años. No es tan notable entonces que un reino destinado a ser levantado en poder sobre una cruz debiera estar lleno de sorpresas y que Jesús dijera que únicamente aquellos que eran aparentes fracasos tuvieran alguna esperanza de su felicidad. En las siguientes bienaventuranzas, el Salvador deja claro que el reino de los cielos pertenece a no los grandes sino a los humildes.

“Bienaventurados los pobres en espíritu” (Mat.5:3). Jesús comienza al tocar la fuente de fuente del carácter de los ciudadanos del reino – su actitud hacia mismo en la presencia de Dios. Lucas abrevia esta bienaventuranza al decir, “Bienaventurados vosotros los pobres” (Luc.6:20) y registra también una advertencia pronunciada por Jesús sobre el rico (Luc.6:24). En la sinagoga, en Nazaret, Jesús había leído la profecía mesiánica de Isaías sobre el pobre (“manso” ASV) de haberles predicado el evangelio (Isa.61:1; Luc.4:18) y más tarde, advierte seriamente que el rico no vendrá fácilmente al reino de Dios (Luc.18:24-25). Pero aunque es verdad que una “gran multitud del pueblo le oía de buena gana” (Mar.12:37) debido a que los esfuerzos rigurosos del pobre les acercan a la humildad más fácilmente que la afluencia cómoda del rico, el registro del sermón del Monte por Mateo deja evidente que Jesús nos está refiriéndose a la pobreza económica. No es imposible que el pobre sea arrogante y el rico sea humilde. Estos “pobres” son aquellas personas que poseyendo poco o mucho, tiene un conocimiento de su propia destitución espiritual.

La palabra Griega que traduce “pobre” viene de la raíz de una palabra que significa agacharse o encogerse. Se refiere no únicamente a aquellos cuya vida es una lucha, sino a los hombres que son reducidos a la más miserable mendigación debido a que no tienen absolutamente nada (Luc.16:20-21). Aquí la palabra es aplicada al vacío que causa el pecado de una absoluta bancarrota espiritual en la que una persona está obligada a rogar por aquello que no tiene el poder de obtener (Jer.10:23) y a lo que él no tiene derecho (Luc.18:15-19; 18:23) pero sin lo que él no puede vivir. Mendigar se vuelve difícil para algunos hombres (Luc.16:3) – especialmente los Estadunidenses orgullosos y auto suficientes – pero esto es a donde nuestros caminos pecaminosos

14 | *Invitación a una Revolución Espiritual*

nos han traído y no veremos el reino del cielo hasta que enfrentemos esta realidad con una simplicidad humilde.

“Bienaventurados los que lloran” (Mat.5:4). Los hombres han sido entrenados a creer que las lágrimas deben ser evitadas si ellos quieren ser felices. Jesús simplemente dice que esto no es verdad. Existe alguna tristeza que debe ser aceptada, no porque sea una inescapable y la batalla inútil, sino porque la verdadera felicidad es imposible sin ella.

Aun el dolor es inevitable para los hombres mortales cualquiera que pueda ser su condición, el dolor tiene efectos saludables sobre nuestras vidas si lo permitimos. El dolor puede, como Salomón dice, recordarnos de la fugaz momentaneidad de nuestras vidas y ayudarnos a establecer nuestro pensamiento seriamente sobre las cosas más importantes (Eccl.7:2-4). El Salmista que nos da una rica meditación sobre la grandeza de la ley de Dios tiene conectado el dolor y el entendimiento. “Antes que fuera yo humillado”, él reflexiona, “descarriado andaba; Más ahora guardo tu palabra”. Luego concluye, “Bueno me es haber sido humillado, Para que aprenda tus estatutos” (Sal.119:67, 71). Las lágrimas siempre nos han enseñado más que las risas sobre las realidades de la vida.

Pero hay algo más que el llanto en esta paradoja semejante a una joya que las lágrimas de las que no podemos escapar. Y es la tristeza que viene espontáneamente y sin buscarlo. Este dolor viene a nosotros por elección, no por necesidad. El Antiguo Testamento debiera influenciar nuestro entendimiento de estas palabras primeramente pronunciadas a una audiencia Judía. Isaías predijo que el ungido del Señor vendría a “vendar a los quebrantados de corazón” y a “consolar a todos los enlutados” (Isa.61:1-2). Pero estas palabras son aplicadas únicamente a un remanente de Israel que por medio de la aflicción de la nación por sus pecados vendrían a humillarse y entristecerse. La visión de Ezequiel de la ira de Dios sobre una ciudad de Jerusalén corrompida reveló que solamente aquellos que “gimen y que claman a causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella” serían perdonados (Ezeq.9:4). Sofonías dirigió una advertencia similar (Sof.3:11-13, 18).

Los profetas quieren que entendamos este lloro como el dolor experimentado por aquellos que en su reverencia a Dios se llenaron de terror a causa de sus propios pecados y de sus semejantes y seamos así movidos a las lágrimas del dolor de la amargura y la vergüenza. Esta es la “tristeza piadosa” de la que Pablo escribe, una tristeza que produce, “arrepentimiento para salvación” (2 Cor.7:10). Esas son las lágrimas que debemos elegir derramar, renunciando a nuestro orgullo obstinado; y de esa decisión llegar a obtener el consuelo inexpresable de un Dios quien nos perdona a todos, tomándonos para Sí mismo y finalmente enjugando toda lágrima (Apoc.21:4). Nada excepto la misericordia de Dios puede aliviar un dolor como este.